

JULIA
SCHOCH

LA
PAREJA
DEL
SIGLO

Cuando el final del amor
es el comienzo
de una gran historia

Traducción de:

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

EN EL FONDO es muy sencillo: te dejo.

Dos palabras que cualquiera entiende. Con dos palabras basta, y ya está todo hecho. Solo hay que pronunciarlas. Me maravilla lo fácil que es. También me maravilla otra cosa: que sea una frase igual de corta que la que pronuncié cuando empezamos nuestra historia.

Al principio dije: «Te quiero».

Dos palabras al principio, dos al final. Según parece, lo más importante en la vida puede expresarse diciendo lo mínimo.

En este último caso, de todos modos, lo mejor es no esperar. Hay que decirlo en cuanto llega el otro. Sin que se interpongan más palabras, a poder ser. No hay que empezar una conversación porque, si no, todo el plan se viene abajo.

Reconozco que me cuesta pronunciar la frase. Soltarla así, tan «a la ligera». Porque ¿qué ocurrirá después? No me hago ilusiones. Cuando lo haya dicho, habré cruzado un límite. Ya no lo podré retirar.

Siempre me he preguntado cómo puede retirarse algo que se ha dicho. Para mí, expresiones como «Olvida lo que acabo de decir» o «No quería decir eso» carecen de sentido. En lugar de una retirada, lo único posible es un despertar. Las

palabras cambian algo. Una vez se ha disparado la flecha, ya no hay forma de pararla.

Te dejo. No sé muy bien cuándo pensé esa frase por primera vez, ni cuántas más desde entonces. Llevo ensayándola mucho tiempo. En cierto momento una empieza a tener la sensación de conocer algo de una forma tan íntima como el propio rostro, el que ves todas las mañanas en el espejo.

Cuando pienso en el tiempo que hemos pasado juntos, me asusto. ¡Cuantísimos años! Y todos ellos pueden comprimirse en un par de horas de recuerdos.

Eso no me gusta.

Por otro lado, nadie quiere tardar treinta años en recordar treinta años. Yo, por lo menos, no.

Lo que queda más atrás suele ser lo que viene a la memoria con mayor claridad.

Por aquel entonces vivía en un piso pequeño de un barrio periférico de edificios sociales baratos. En una sexta planta. Fue allí donde pasé los últimos años de juventud, con mis padres, aunque en ese momento ellos se habían marchado, cada uno en una dirección diferente. Ya no éramos una familia. Se divorciaron más o menos cuando yo empecé en la universidad, así que vivía sola.

En mi dormitorio había una cama y una mesa. En esa mesa tenía un montón de libros apilados, y junto a ellos había un tablero de damas chinas.

Era verano, acababan de empezar las vacaciones. Una noche, el contundente teléfono negro que había en el pasillo empezó a sonar. Por entonces solo existían los teléfonos de cable, así que siempre tenía que hablar colgada del auricular. El ripio ha sido involuntario (son cosas que pasan).

Me habías llamado.

«¿Te gusta el té de vainilla?», preguntaste.

De cualquier bebida habría contestado que era mi preferida; lo fundamental era que me lo preguntaras tú.

Diez minutos después te presentaste en la puerta del piso con el té de vainilla. Te invité a pasar. Nos sentamos y disfrutamos de la infusión sentados en el suelo. Por entonces lo hacía todo el mundo, estaba de moda. Cuando ibas a una fiesta, la gente se sentaba en el suelo. Supongo que así resulta más fácil abrazarse y dejarse caer en la alfombra. Justo lo que hicimos nosotros. Me abrazaste y nos dejamos caer en la alfombra.

Incluso nos olvidamos del té.

A la mañana siguiente, cuando desperté, seguías tumbado a mi lado. No me extrañó. Se nos hizo mediodía y tú aún estabas allí. Pensé que eras la primera persona de mi vida que, desde hacía mucho, no desaparecía a las primeras de cambio. Para que veas lo acostumbrada que estaba al desapego.

Pasamos el día en el balcón, debajo del toldo. Hacía tanto calor que hasta se veía cómo se secaba la colada. Abajo, en la calle, el tranvía avanzaba perezosamente. Leímos juntos un libro que se titulaba *¿Qué pequeño ciclomotor de manillar cromado en el fondo del patio?* Un título complicado que nos parecía bonito. Primero lo leí yo, luego tú. No era muy largo, así que los dos conseguimos acabarlo el mismo día.

Te di una llave del piso para que pudieras ir y venir a tu antojo. Y, en efecto, venías. Siempre de noche.

Al cabo de una semana te dije: «No quiero entregarme por completo a otra persona».

Me miraste con los ojos muy abiertos y preguntaste: «¿Y en qué consiste el amor, si no, según tú?».

Me alegré de que lo vieras así. En realidad, hacía tiempo que me había entregado a ti.

Fui a la peluquería y me corté el pelo.

La siguiente vez que nos vimos, te dije que había decidido cortármelo por el calor. Lo cierto era que quería parecerme a ti.

Y entonces, de pronto, dejaste de venir. Empecé a preocuparme. No tanto por ti; lo que me preocupaba era nuestra historia. Era una historia de amor, al fin y al cabo, y consideraba que esa clase de historias había que cuidarlas, sobre todo cuando estaban empezando.

Salí a buscarte con una botella de licor de cereza y unas galletas caseras en las que había puesto un poquito de hachís. Tu piso quedaba en las afueras de la ciudad, se tardaba media hora en autobús. Llamé al timbre, pero no abrió nadie. Estuve unos minutos paseándome alrededor del edificio, que estaba bien iluminado por dentro. Pero entonces regresé. Tuve que correr para llegar a tiempo de coger el último autobús, porque ya era casi medianoche.

Te envié las galletas por correo.

Volví a verte en el comedor universitario. Seguíamos de vacaciones, así que la sala estaba casi desierta. Pensé que harías como si no nos conociéramos, pero no te habías olvidado de mí.

«¿Por qué te sientas aquí dentro? —te dije—. Fuera hace muy buen día. ¡Y estamos de vacaciones!»

Entornaste los ojos y contestaste: «Yo tengo vacaciones cuando quiero».

Transmitías tanta tranquilidad que hasta me tranquilizaste a mí. Aunque al mismo tiempo estaba emocionadísima.

A menudo me llevabas en tu coche. Era un Volkswagen Jetta de color marrón con el que salíamos de la ciudad. Una vez, un faisán pasó volando por delante de nosotros al atardecer. Otra, un búho rozó el parabrisas en vuelo rasante. Al bajar la ventanilla, me quedé con la manivela en la mano. Tú te reíste. Nos pasamos todo el verano yendo en coche así, con la ventanilla a medio bajar.

Cuando llegó el otoño te pregunté: «¿Qué hay entre nosotros?».

En lugar de responder, me invitaste a ir de pícnic al parque.

Cerramos un pacto para tres años. «Si conseguimos llegar a los tres años, ya veremos», dijiste.

De repente, un perro de alguien se nos acercó corriendo y nos birló el queso de la cesta. Justo después se echó en el suelo, jadeando y atragantándose. Tú, impasible, te lo quedaste mirando casi con malicia. Como si hubiera recibido su merecido por meterse con nosotros.

El perro se alejó entonces corriendo.

Y me besaste.

(Este relato se me antoja casi como el resumen de una película que hubiera visto hace mucho tiempo, en un televisor muy antiguo. Recuerdo únicamente escenas aisladas, mientras que he olvidado la trama general.)

Tres veranos después, no se había terminado.

Hemos vivido treinta y un veranos juntos. En las noticias describieron seis de ellos como «el verano del siglo».

Durante este tiempo hemos realizado cuarenta y dos viajes y hemos salido veintisiete veces al extranjero.

Hemos remodelado cuatro cocinas.

Hemos tenido que renovar la documentación en cinco ocasiones.

Hemos sufrido un incendio en el que tuvieron que evacuarlos.

Hemos estado un total de siete veces en urgencias, cuatro a causa de alguno de nuestros hijos y tres por nosotros mismos.

Nos han robado seis veces.

Hemos tenido seis coches diferentes. Todos de segunda mano.

Sumando las horas, hemos pasado nueve días y medio esperando en oficinas para hacer trámites administrativos.

Hemos jugado 912 partidas a las damas chinas.

Hemos preparado 8667 bocadillos para el colegio y hemos comprado cuarenta y un pasteles de cumpleaños.

En estos años, hemos sacado 173 500 fotografías.

Hemos padecido un total de 76 infecciones. (La mayoría de ellas me tocaron a mí.)

Hemos vivido cuatro operaciones, una de gravedad.

Nos hemos dado 1 405 baños.

Hemos ido a la peluquería en 281 ocasiones.

Ambos hemos destrozado una almohada (cada uno en un día diferente y por motivos distintos).

Nos hemos comprado ocho portátiles nuevos.

Hemos asistido a entierros y a bodas. Pero esos no los he contado.

No estoy segura de que las fechas puedan añadir nada fundamental a nuestra historia, de que nuestra historia «dependa» de ellas. ¿No es mejor describir el amor sin supeditarlo a un período de tiempo? ¿O acaso necesita un año de inicio? ¿Cambiaría algo si dijera que nos conocimos en 1991, en 1994 o en el 2000? Esa clase de información me haría pensar que no fuimos más que el producto de una época determinada, la consecuencia de ciertas circunstancias históricas. Como si todo hubiese tenido que suceder tal como sucedió. Me daría la impresión de ser prisionera del tiempo.

Por otra parte, es cierto que sucedió así. Nuestra historia no dispone de ninguna otra versión.

Algo está claro: éramos jóvenes. Acababa de producirse una revolución. El Muro de Berlín y demás fronteras habían caído apenas unos años atrás. Reinaba la libertad, tal como se decía entonces. Teníamos «el mundo entero» al alcance de las manos. (También eso se expresaba así.) Y a pesar de ello, parecía que todos mis amigos, yo incluida, quisieran morir. Perecer con un ademán grandilocuente... O, por lo menos, abandonar el país. Así lo imaginábamos. (Ese rechazo a la nueva y enorme Alemania reunificada era habitual en la mayoría de las personas de nuestra edad.) Aunque probablemente no tenía nada que ver con la política. Estábamos convencidos de que la existencia era un lugar aciago. Exigía de nosotros una sublevación muda, poética. Y ningún acontecimiento histórico, ni siquiera uno cargado de esperanza, lograría cambiar eso, jamás. Cada cual con su paquete rojo de Gauloises en la mano, nos sentábamos en la cafetería de la universidad a beber café y citar poemas de Georg Trakl con semblante

melancólico. Había uno que se titulaba «De profundis». Empezaba así:

Es un campo en rastrojo azotado por una lluvia negra.

Es un árbol parduzco que crece apartado.

Tú contemplabas nuestra pantomima cargado de exasperación.

«A mí la desdicha no me atrae», comentaste encogiéndote de hombros. Es un desperdicio de energía.

A partir de entonces empecé a fijarme en cuándo estabas y cuándo no. Mis motivos para querer morir se desvanecieron.

Me parecías apuesto. Una palabra que por entonces no usaba nadie y que llegó hasta mí como flotando desde un siglo lejano. Como si hubiese estado aguardando a que alguien volviera a utilizarla al fin. A que yo la aplicara a lo único posible: tú.

Al contrario que la mayoría de los estudiantes, que llevaban vaqueros agujereados y chaquetas de chándal, tú vestías como un dandi. Con tu elegancia avergonzabas hasta a los profesores. El corte de tus trajes y camisas, sin embargo, no era moderno; más bien parecían salidos de una película, de un film con Cary Grant o James Stewart. Otros días te paseabas por ahí como un bibliotecario: gafas de pasta, pantalones de campana y unos zapatos de plataforma de color mostaza que te hacían parecer más alto aún de lo que ya eras.

Eras tan guapo que podías permitirte tranquilamente la fealdad.